

In memoriam

Gral. Brig. M.C. Ret. Crescencio Ochoa y Mena (1909-2000)

Esta es una breve semblanza de la vida profesional y académica del maestro Ochoa y Mena quien recientemente falleció en la ciudad de México el 24 de septiembre próximo pasado.

El C. Gral. Brig. M.C. Ret. Crescencio Ochoa y Mena nació el 19 de abril de 1909. Hijo del farmacéutico Don Mariano Ochoa y de Josefina Mena Rodríguez tuvo 4 hermanos, Adolfo el varón y tres hermanas.

Estudió la primaria en la Iglesia de la Concepción con el padre Juárez en su pueblo natal San Francisco del Rincón, Guanajuato; San Panchito como él lo llamaba, pueblo muy laborioso a donde asistía cada año a sus fiestas el 8 de diciembre y del que recientemente estaba más orgulloso a causa de su paisano, el presidente electo Vicente Fox.

La secundaria y preparatoria las cursó en la Ciudad de Guanajuato de donde se trasladó a la ciudad de México en 1927. Acorde con una tradición familiar, sigue los pasos de su hermano mayor Adolfo, apodado el Soldado, quien ya había egresado en la tercera generación de la Escuela Médico Militar en 1923.

Su examen profesional lo presentó el 27 de julio de 1932 recibiendo de manos del Presidente de la República en ese entonces, Pascual Ortíz Rubio, el título de Mayor Médico Cirujano y Partero.

Fue miembro destacado de una brillante generación que se graduó en la Escuela Médico Militar en 1932 formada por personajes prominentes en la práctica médica (Carlos Gómez del Campo), en la investigación (Jorge Meneses Hoyos cerebro luminoso ribeteado de genialidad como señala Hernández Sánchez), en la docencia (Ramón Pous Roca, Ricardo Pico Navarro) así como en el desempeño de importantes puestos directivos en el servicio de Sanidad Militar (Abelardo Zertuche, Gilberto Lozano) y en la administración Pública (Octavio Mondragón Guerra).

Al egresar de la Escuela Médico Militar es comisionado como jefe de la Sección Sanitaria del 18° Regimiento de Caballería en Esperanza, Sonora y de las Enfermerías de los Campamentos Yaquis en Vicam, Sonora.

Al igual que otros médicos militares que le precedieron participó en algunos combates, como el del cerro del Pájaro, estado de Guanajuato donde sufrió una herida de bala en el



antebrazo izquierdo. Después de estar comisionado en Ciudad del Maíz, SLP fue transferido al 3er Batallón de Infantería en Teziutlán Puebla donde atiende a doña Eufrosina, madre del Gral. Avila Camacho.

Posteriormente regresó a la ciudad de México en 1936 donde se incorpora al Hospital Militar de Instrucción de Arcos de Belem. Es en esa época cuando empieza a asistir al Hospital General y allí se decide por la dermatología recibiendo su instrucción del C. Corl. M.C. Vicente Ramírez, uno de los primeros maestros de la recién fundada Escuela Médico Militar y quien pertenecía al servicio de Dermatología del Dr. González Herrejón del Hospital General de la ciudad de México.

Parte de su entrenamiento autodidacta en Dermatología lo complementa con estadías en los servicios de Dermatología en París y en Nueva York donde aprendió dermabrasión y radioterapia con George M. McKee y Cipollaro en el Skin and Cancer donde había estudiado poco antes otro dermatólogo médico militar el Corl. M.C. Ret. Francisco Márquez Iturribarría.

Fue un hombre con interés científico y apego al trabajo. De carácter apacible y franco, muy reservado, poco afecto a hablar de sí mismo. Le entusiasmaba más platicar de sus viajes pues lo hacía reiterativamente; le gustaba conocer tanto el país como el extranjero. En una ocasión, me platicaba con entusiasmo sobre un viaje al Tíbet el cual le dejó un grato recuerdo y mucha enseñanza.

La Escuela Médico Militar tuvo el honor de contarle como profesor durante 34 años. Su labor hospitalaria la ejercía en la antigua sala de Observación (después Medicina de Hombres) y antes llamada Nicolás y Favré dado el gran número de enfermos venéreos que allí se hospitalizaban.

Es ejemplo del grupo de maestros preparados en una escuela en la que, la combinación de la ciencia y la práctica, era lo usual; maestro que asimiló en el terreno de la práctica toda la experiencia necesaria para el ejercicio de la profesión y de la especialidad que ejerció toda su vida convirtiéndose en un excelente clínico como lo pudieron comprobar sus numerosos pacientes y después quienes fuimos sus alumnos y quienes tuvimos la dicha de convivir profesionalmente con él.

Lo conocí en 1961 cuando cursaba el cuarto año de la Escuela Médico Militar. Después de haber asistido a las amenas

charlas en la clase de Propedéutica dermatológica con Oswaldo Arias Capetillo apreciamos el análisis prolijo de varios enfermos, casos típicos por él escogidos, llegando al diagnóstico por eliminación, describiendo las características de un número de posibles enfermedades, descartando una a una hasta, finalmente, enfatizar los datos positivos de aquella que correspondía al enfermo en cuestión. Posteriormente fue presidente del jurado en mi examen profesional. No es difícil concluir de dónde me nació la afición por la dermatología. Fue un maestro generoso y un jefe comprensivo y leal. Me enseñó sin restricción ni abstención en franca donación de toda su rica experiencia. Sereno, ecuánime, bondadoso y con profundo sentido humanitario, de carácter reservado y observador, era un gran clínico con amplia cultura general y en la dermatología francesa adquirida de su afición a la lectura.

En la Academia Mexicana de Dermatología presentó múltiples trabajos científicos y desarrolló una activa labor de organización y docencia en los cursos anuales, sesiones mensuales y reuniones centro y norteamericanas. Escribió, sin embargo, poco. Ocupó la presidencia de la Academia Mexicana de Dermatología en 1967-1969 con su única preocupación por el progreso de la misma. En los cursos de la Academia Mexicana de Dermatología participaba con sus temas favoritos, la psoriasis y el acné. Considero que fue de los iniciadores de la cirugía dermatológica pues practicaba y exponía en los cursos lo que llamaba la "Fisioterapia dermatológica" que incluía desde el "slush" de nieve carbónica (primicia del actual "peeling") hasta la dermabrasión para corregir las cicatrices del acné. Fue un experto en la radioterapia (con el Dermopan y el Phillips de 100 kilovoltios) que perfeccionó con el inolvidable maestro, su amigo, Jesús María Farías Rodríguez, con la que substituía a la actual isotretinoína en la curación de los casos seve-

ros de acné y en numerosas patologías, no sólo neoplásicas sino también en eccemas crónicos rebeldes e, incluso, en infecciones micóticas y bacterianas pues no existían ni los esteroides ni los antibióticos ni antimicóticos.

Dentro de sus actividades civiles trabajó en el dispensario No. 1 de Salubridad en Tacubaya durante 40 años de donde se jubiló en 1972; asistía también al dispensario antivenéreo "Eliseo Ramírez" y fue Jefe de Dermatología del Hospital de la Raza del IMSS durante cerca de veinte años. Como militar llegó a escalar todos los puestos hasta su retiro como General Brigadier en 1970 recibiendo desde luego medallas al mérito docente, perseverancia, actos heroicos. Simultáneamente con estas actividades institucionales ejerció por largo tiempo la práctica privada de la dermatología donde tres generaciones de pacientes lo siguieron fielmente hasta su retiro en 1982, por lo acertado de sus diagnósticos y tratamientos y el trato humano que profesaba.

Le sobreviven sus hermanas María Luisa de 96 años y Luz María de 88 años y su esposa la Sra. Antonia Hernández, cinco hijos, Fernando, Oscar, Arturo, Mauricio y María Eleonora y seis nietos.

Aunque sus últimos años los pasó con dificultad al perder prácticamente la vista limitándole sobre todo uno de sus gustos más apreciados que era la lectura, el cariño que recibió de sus familiares, alumnos, amigos, compañeros y pacientes lo acompañó a través de una larga vida plena de sencillez, modestia y generosidad.

Su recuerdo vivirá siempre en quienes lo conocimos, quisimos y respetamos. Descanse en paz nuestro querido maestro, hombre bueno, comprensivo, humilde y humanitario.

Tte. Corl. M.C. Ret. Clemente Alejandro Moreno Collado